

Cuadernillos de poesía Colombiana

15

Rafael Pombo

Ediciones de la revista "*Universidad Católica Bolivariana*"

Rafael Pombo

Los más sagaces críticos de la literatura nacional, han convenido que entre los poetas del siglo pasado, sometidos a la influencia del romanticismo, don Rafael Pombo ocupa un puesto de preeminencia indiscutida y es uno de los más genuinos cultores de aquella nueva modalidad en que, rompiéndose el equilibrio severo de los clásicos, predominaban la exquisitez y frondosidad de la forma sobre el monto de las ideas que integraban el fondo de sus cantos.

Entre los representantes de esta escuela, que adquirió todos los títulos de tal en los siglos XVIII y XIX, con la influencia de Victor Hugo y Lamartine, y más cerca de nosotros con Espronceda, Zorrilla, el Duque de Rivas y Becquer, se distinguieron dos categorías: la de quienes confiaban en la "genialidad de su emoción", como dice bien un crítico americano, y que no tenían una cultura literaria bastante para suavizar las aristas de su producción, que pusiera signos de densidad intelectual en los cuadros que dibujaban al amparo de una imaginación sin freno, y que fueron los ejercitantes del "romanticismo por excelencia", buscadores sin pausa del alma popular y por ello mismo usufructuarios de un ancho prestigio en los más llanos sectores de la sociedad; y la de aquellos que a más de todo ese fuego emocional, de esa vivaz inspiración que ponía en el ambiente del falso clasicismo una "irreverente sensación de catástrofe", tenían la influencia de la cultura antigua, griega y romana, oriental y nórdica, que informó el pensamiento universal durante largos siglos de actividad literaria, y podían por ello sofrenar sus fervores y verter en su producción intelectual parte del vino añejo guardado por la prudencia de los mejores informadores del mundo de las letras.

Y por entónces encontramos en la literatura americana, sobre todo en la de habla española, cimeros representantes del romanticismo que iban por los caminos de sus tierras con una lira nueva, predicando la liberación de la poesía, de la "tiranía del viejo molde clásico", severo, intangible y a quien sólo se podían allegar los que tenían la paciencia de buscar y encontrar el difícil equilibrio sin ruptura que predicaban los preceptistas. Así se lanzaron por todas las provincias de la inspiración estos nuevos poetas. No eran su voces, empero, desconocidas en los antiguos cantos y sólo faltaba que adquirieran carta de ciudadanía, que gozaran de la protección de un nombre famoso y poseyeran resonancia en el "oído" universal.

Nuestros poetas de la última mitad del siglo XIX fueron esencialmente románticos. Pero, para fortuna de nuestras letras y honor y orgullo de nuestra poesía, los cantos que entónces surgieron no fueron producto de la mera emoción, no fueron inspirados por el ambiente solo, sino que tuvieron la influencia de las grandes culturas, la severa tutela de una eminente tradición intelectual.

Fueron estas las circunstancias que asistieron al advenimiento de Pombo. Por entónces, don José Joaquín Ortiz, don Julio Arboleda y don José Eusebio Caro publicaban sus primeros ensayos. La vida nacional, intranquila por la constante pugna

de los partidos políticos, no había logrado todavía la madurez republicana y se debatía en medio de sangrientas controversias, José Joaquín Ortiz ensayaba una nueva lira para cantar la religión y la patria; José Eusebio Caro forjaba una especie de poesía filosófica, propicia a la meditación en los grandes problemas de la existencia humana y en el destino superior del espíritu: Julio Arboleda era impulsado en su fogosa inspiración, por las atrocidades de los "retozos democráticos", de la tiranía que se jugaba, frente a su ambición, la vida de los mejores ciudadanos y la tranquilidad y el progreso de la patria. Pombo, entre tanto, fijaba sus primeras ideas, preparaba su primera salida intelectual en los claustros austeros de Santa Fe de Bogotá, y velaba sus armas a la vera misma de su sentimiento poético. Desde muy niño empezó a sentir la emoción del canto y cinceló con esmero y con amor sus juveniles producciones estróficas. Así, cuando contaba sólo 20 años, en 1853, ya era ampliamente conocido en los círculos literarios de mejor aliento de la capital de la República. Su emoción poética se encauzaba por la corriente del romanticismo y tenía como tema primordial el amor. No era el amor idealizado; era un amor más humano, unido con lazos de fervor a una mujer, ya fuera la adorable efigie de una virgen "hermana de las ondnas, ya seres de pasión, amasadas con fuego", y que podían tener por nombre Luisa, Angelina, Elvira Tracy, o Manuelita, la linda payanesa que prendió un día de sus mocedades, la llama del amor platónico y para cuya defensa requirió sus armas de caballería, previo el desafío magnífico de "La copa de vino":

*Tu faz, cuando alzas fiera la cabeza
desoyendo al dulcísimo importuno,
semeja en mármol la soberbia Juno
del sol de Oriente a la dorada luz;
y en tí de su poema de belleza
viéranse a un tiempo idolatrar de hinojos,
su garbo el griego, el árabe sus ojos,
su hechizo retozón el andaluz.*

Pero no era la explosión vulgar de un amor materializado, que dejara sin forma la belleza que este concepto encierra. Bien sabía que en la mujer se sintetiza, cuando cumple su pleno destino humano, la belleza misma de la creación, y como Victor Hugo, conocía que "muchas veces el corazón de una mujer es la inspiración de Dios".

En esta época todavía no había logrado Pombo su perfección en el estilo. Viajó entonces a los Estados Unidos, como secretario de la Legación colombiana, a cargo del general Herrán. El cambio era esencial para la vida y la obra del poeta. Salía del estrecho marco en que estaba confinada su emoción, esa emoción incontenible que, según su propia confesión, lo impulsaba a las acciones más exóticas, como en Popayán, "donde la tempestad tiene su carro y sus armas y donde diariamente hace víctimas, yo gocé y grité como un loco viéndome envuelto por una de las más furiosas que allí se recuerdan. . . . Viendo en 1848 el salto del Tequendama, uno de mis compañeros tuvo que cogerme de los brazos para que no me precipitase en él, porque en mi entusiasmo ese monstruo de las cascadas me tenía fascinado y me atraía irresistiblemente. . . . Y el mar! El mar! El fondo de todas las cascadas de mis sueños! Dios mío! Cómo me has de dejar sin conocerlo! Yo amo, amo siempre, mi alma toda es amor y adoración".

En los Estados Unidos trabó íntima amistad con los más altos poetas de esa época, Longfellow y Bryant, Tassara y Zenea, y adquirió la solidez de su cultura literaria en la investigación constante y desvelada y en el "ejercicio de la belleza", sin fatiga y sin tregua. Allá permaneció 20 años; conoció las intimidades del idioma inglés, la técnica de su manejo y modeló en dicha lengua composiciones poéticas de tal

perfección estilística, que apenas era creíble que hubieran sido logradas por un latino. En esta época se realizó la parte principal y mejor de su obra literaria. Sus más grandes producciones poéticas consagran el recuerdo de este tiempo. En el Niágara, bajo el imperativo de una emoción suprema, logró realizar una oda, ante la cual, al decir de Menéndez y Pelayo, "casi palidece la de Heredia".

Las obras poéticas de Pombo fueron publicadas después de su muerte, en edición oficial y bajo la dirección del insuperable crítico don Antonio Gómez Restrepo, quien las distribuyó y discriminó en cuatro volúmenes. Contienen los dos primeros "las poesías originales". En el tercero se encuentran las traducciones. En el cuarto están recopiladas "las fábulas y verdades" (222); los "cuentos pintados" (7) y los "cuentos morales" (22).

En este último género es singular la obra de don Rafael Pombo. En él se reveló como uno de los más altos valores de la literatura infantil en este Continente. Y no al modo de los fabulistas que profesan una filosofía práctica y prosaicamente utilitaria, sino con un sentido más digno y levantado, de más categoría lírica y más bellas enseñanzas. Con sus fábulas y cuentos procuró siempre "despertar en los niños esos delicados instintos del amor familiar, de caridad con el desdichado, de abnegación y de piedad compasiva que rescatan en el ser humano las bajas pasiones de que la flaqueza corpórea lo hace víctima. Pombo, por este aspecto, fue un benefactor de la Patria". Esas sencillas y profundas creaciones poéticas poseen la misma vigencia, igual actualidad, desde cuando los pueblos de todo el hemisferio las aplaudieron y acogieron con cariño, con devoción, con elevada admiración. Apenas hay colombiano que no las conozca y que no recite algunas de memoria. En el campo de las traducciones sobresalió en tan sumo grado, que pocos de los nuestros podrán equipararse. Sus versiones abarcan el inglés, el francés, el alemán y el latín.

Hay en la obra múltiple de don Rafael Pombo una producción especial que ha tenido muy contradictorias explicaciones y ha sido fuente de muy encontradas especias; *La Hora de Tinieblas*. Ella fue consecuencia de una crisis temperamental, fruto de una dolencia física. Pero "no sería esta la primera ocasión en que una filosofía amarga brotara de circunstancias ocasionales. El hombre tiende instintivamente a dar carácter general a sus impresiones, y no es extraño oír al viejo patriarca de Iduema exclamando entre la podre del estercolero: *Cur misero lux data est?* Lamartine, genio feliz, nacido para la apreciación optimista del mundo, narra así en sus comentarios a las *Meditaciones*, el origen de su tremendo canto *Le désespoir*: "... Hay horas en que la sensación del dolor es tan fuerte en el hombre joven y sensible, que ahoga a la razón. El dolor excesivo tiene su delirio como el amor. Yo sufría mucho: tuve que lanzar un grito". Creo que Pombo hubiera podido suscribir esta explicación y que ella pone a la vista el proceso psicológico que lo condujo a la composición de esta trágica pieza". Menéndez y Pelayo había dicho: "El poeta, en su calidad de tal, tiene algo de irresponsable, como los reyes de las constituciones modernas". *La Hora de Tinieblas*, hay que apreciarla, no como una exposición doctrinaria, ni como un prospecto ideológico, sino como un instante de rebasamiento doloroso del alma del poeta.

Cuando la gran labor literaria de su vida había tenido la consagración universal, cuando sus obras merecían la atención de todos los críticos y figuraban en los más prominentes cenáculos intelectuales de este hemisferio, Pombo, envejecido ya, apenas recibía el sol de Dios en su casa solariega de Santa Fe de Bogotá. Por 1890 compuso su soneto de madurez, *De noche*; su alma religiosa se vació en él como sutil perfume en vaso de ricas pedrerías. Todos los extravíos de sus mocedades habían pa-

sado ya y apenas había memoria para ellos. La serenidad se había apoderado de su espíritu y no eran parte para sacarlo de ella "las mágicas visiones de otros días". Era ya el tiempo de las confesiones, de la exteriorización de su espíritu bueno y cristiano que buscaba seguro los caminos de Dios. Tal otro don Quijote, había recorrido en peregrinación de amor y de honor, las rutas todas de la existencia, había tomado el vino de todos los lagares, y ahora volvía a definir con razones ortodoxas su vida y su obra.

No sé qué concepto puedan formarse los que han creído que sólo en estos últimos lustros del siglo XX se encuentran los descubridores afortunados del arte y de su magnificencia, cuando vuelvan los ojos medio siglo atrás para contemplar la coronación de uno de los más grandes poetas americanos, según la afirmación de nuestros críticos literarios. En 1905 Pombo recibió, en su Santa Fe de Bogotá, una corona de poeta, que colocó sobre su frente veneranda e ilustre, agobiada por el peso de los años y la gloria, una dama de linaje esclarecido, ante el unánime testimonio de admiración del pueblo colombiano. Era el tardío pero vivo reconocimiento del valor que tenía para nuestras letras ese nombre egregio; era el consuelo del anciano que se creía desamparado y que recibía al fin los mimos invaluables de su tierra natal.

Sus composiciones poéticas, forjadas con la greda arisca de su inspiración y bajo el signo de las modalidades libres de la nueva escuela, no tuvieron toda la perfección del estilo que muchas veces buscamos en la obra de estos grandes hombres; abundan versos de poca ley al lado de magníficas estrofas. Pero su conjunto es evidentemente perfecto, constituye uno de los más ricos y perdurables tesoros de nuestra literatura.

Los poetas de hoy pueden utilizar metros diversos y lograr estrofas singulares. Cada cual en su época y en sus dominios sensitivos, puede constituirse en maestro de la perfección literaria, en modelador magnífico en el mundo del intelecto. Porque la poesía no tiene mudanzas; es una categoría espiritual, immanente, que supera los límites del tiempo y libra las barreras de los pueblos. Por eso podemos afirmar que la obra de Pombo tiene aún vigencia absoluta, que sus cantos de amor poseen hoy tanta belleza como ayer, como mañana; que sus fábulas y cuentos seguirán iluminando con luces nuevas la imaginación clara de los niños y otorgándoles la misma alegría que conocieron los antiguos párvulos al escuchar esas felices leyendas, sencillas en su decir y nobles en su fondo. Y el poeta seguirá, lógicamente, siendo la antena universal, levantada a los vientos de todas las bellezas para captar el goce de la creación intelectual y sobreponer al bajo concepto de la materia, la idea del espíritu que abarca las más elevadas encomiendas.

CARLOS BETANCUR ARIAS.

Decíamos ayer

Como Fray Luis tras de su largo encierro,
"decíamos ayer"..... también digamos.
¿Han pasado años? En la cuenta hay yerro,
o nosotros con ellos no pasamos.

Donde ayer lo dejamos, dulce dueño,
recomencemos. Recogiendo amantes
los rotos hilos del antiguo sueño,
sigamos arrullándolo como antes.

Respetuosa apartemos la mirada
de tumbas que haya entre partida y vuelta;
y si hubiere una lágrima ya helada,
ruede al calor del corazón disuelta.

Olvidemos la herrumbre que en el oro
de la rica ilusión depuso el llanto,
y los hielos que pálido, inodoro,
dejaron el jardín que amamos tanto.

Olvidemos el hado que hizo injusto
de nuestros corazones su juguete,
y regalemos la orfandad del gusto
con el añejo néctar del banquete.

¡No es tarde, es tiempo! Olvida la ígnea huella
que el arador pesar cruzó en mi frente.
Para mis ojos tú siempre eres bella;
yo para ti soy llama siempre ardiente;

Llama que hoy mismo a mi pupila fría
surge desde el recóndito santuario,
pese a la nieve que en mi sien rocía
el invierno precoz del solitario.

Mírame en estos ojos que tu imagen
extáticos copiaron tantas veces,
Allí estás tú, sin lágrimas que te ajen
ni tiempo que interponga sus dobleces.

Búscame sólo allí, que yo entretanto
en los tiernos abismos de tus ojos
torno a encontrar mi disipado encanto,
la juventud que te ofrendé de hinojos.

¡Mi juventud! espléndida al intenso
reverberar de tu alma ingenua y pura,
con brisas de verano por incienso
y por palma de triunfo tu hermosura.

¡Mi juventud! por título divino
espigadora en todo lo creado;
nauta en persecución del vellocino
de cuanto fuese de tu culto agrado:

islas de luz del cielo, margaritas
de colgantes jardines y hondos mares,
néctar de espirituales sibaritas,
soplos de Dios a humanos luminares;

las miradas del sabio más profundas;
y del talvez más sabio anacoreta;
las perlas de arte, hijas de amor fecundas;
la suma voz de todo gran poeta;

esas trombas de lírica armonía,
infiernos de pasión divinizados,
en que nos arrebatan a porfía
todos los embelesos conjurados;

auras de aquella cima do confluyen
hermosura y verdad, pareja santa,
y las dos una misma constituyen,
y espíritu de amor sus nupcias canta;

buscar palabra al silencioso drama
de la contemplación, mística guerra
entre Dios, padre amante que reclama
al eterno extranjero de la tierra,

y esta madre de muerte, inmensa y bella,
Venus que al par nos nutre y nos devora,
y presintiendo que escapamos de ella,
con tanto hechizo nos abraza y llora;

leer amor en tanta ruda espina
que escarnece a la fe y angustia al bueno;
mostrar flores del alba en la rüina,
luz en la oscuridad, oro en el cieno;

la flor de cuanto existe, oro celeste,
único que halagando tu alma noble
brindara, en vago esparcimiento agreste,
a nuestro doble ser regalo doble;

tal era mi tributo. Una confianza,
una sonrisa, una palabra tuya,
retorno abrumador, que en mi balanza
Dios, no un mortal, será quien retribuya.

Pero todo en redor, la limpia esfera,
el bosque, el viento, el pajarillo amable,
semejaba, en tu obsequio, que quisiera
pagar por mí la dádiva impagable.

Aún veo sobre el carbón de tus pupilas
el arbol fascinador del ocaso;
veo la vacada, escucho las esquilas;
va entrando en su redil paso entre paso.

Escucha, recelosa de la sombra,
la blanda codorniz que al nido llama,
y al sentirnos parece que te nombra
y que por verte se empinó en la rama .

Escúchate a ti misma entre el concento
de aquella fiesta universal de amores,
cuando nos coronaba el firmamento
cñiéndonos de púrpura y de flores.

Esas flores murieron. ¿Pero has muerto
tú, fragancia inmortal del alma mía?
Años y años pasaron. ¿Pero es cierto,
o es visión, que existimos todavía?

Juntos aquí como esa tarde estamos,
y el mismo cielo es ara suntuosa
de aquel amor que entonces nos juramos
y hoy, en los mismos dos, arde y rebosa.

Ahí está el campo, el mirador collado,
el pasmoso horizonte, el sol propicio;
la cúpula y el templo no han variado;
vuelva el glorificante sacrificio.

¿Y no ha creído tal vez tu fantasía
que aquella tarde insólita, imponente,
fue sólo misteriosa profecía
de este misterioso presente?

En aquel himno universal, un dejo
percibí melancólico; y al fondo
de una lágrima tuya ví el bosquejo
del duelo que hoy en lo pasado escondo.

Pasó. . . . Pero esa tarde en su misterio
citó para otra tarde nuestra vida,
y hela aquí. El alma recobró su imperio,
del sol abrasador a la caída.

¡La tarde! la hora del perfecto aroma,
la hora de fe, de intimidad perfecta,
cuando Dios, sobre el sol que se desploma,
el infinito incógnito proyecta.

Cuanto es ya el suelo en fuego y tintes falto,
es de ardiente el espíritu y profundo;
y, abiertas las exclusas de lo alto,
flotamos como en brisas de otro mundo.

Ve cómo el blanco Véspero fulgura,
pasando intacto el arrebol sangriento.
Es la amistad la roca firme y pura
que sirve a nuestro amor de hondo cimientó.

Nadie dejó de amar si amó de veras.
Cuando en árido tronco te encarnices
con la segur, talvez lo regeneras,
sin son como las nuestras sus raíces.

Y antes te sonará más dulcemente,
templada en el raudal de los gemidos,
la antigua voz que murmuraba ardiente
la música de mi alma en tus oídos.

¿Han pasado años?... Puede ser. ¿Quién halla
que el tiempo solo arrumbe o dañe o borre?
¡Cuánta espina embotó! ¡Qué de iras calla!
¡Su olvido a cuántos míseros socorre!

Para los dos el misterio suyo
fue de ungido de Dios y extremo amigo.
Te veo sagrada, y sacro cuanto es tuyo,
y como de un cristal al casto abrigo.

En torno a tí y cuanto es tuyo, encuentro
halo de luz, atmósfera de santo;
como al santuario a visitarte hoy entro,
y algo hay solemne en tu adorable encanto.

Dulce es sentir que hay almas y que aman.
Su amor, inerme el tiempo para ellas,
las vuelve al Dios que férvidas aclaman,
como él las hizo: jóvenes y bellas.

Han pasado años, sí... ¡Por fin pasaron!
¡Rudo tropel que atravesó el camino!
Ya, como un nubarrón, se disiparon,
y nuestro sol a reclamarnos vino.

¡Y ande el tiempo, y sin fin rodando siga
la fiel aguja que su afán nos muestra!
¿Qué hora marcará que no nos diga:
"Aquí os amásteis; yo también soy vuestra"?

En todo grato sueño nos parece
que ya lo hemos soñado; ese es su hechizo.
Mi mejor sueño a tí te pertenece;
en tí el pasado mágico realizo.

Como a la aparición del rey del día,
de entre la nada lóbrega que espanta,
brotó un mundo de vida y poesía
en que todo ama y resplandece y canta,

así tú para mí; foco potente,
núcleo de una creación que he poseído,
llegas, y en torno a tí surge esplendente
mi portentoso hogar, y en él resido.

Y el corazón se me abre inmenso, en alas
de música ideal que lo acaricia;
y tanto aroma y fuego en mi alma exhalas,
que a un tiempo vivo y muero de delicia;

y tú y yo, tierra y cielo, mente y acto,
hoy y ayer, la esperanza y la memoria,
todo ya es uno, en inefable raptó,
frucción anticipada de la gloria.

Y esa es la juventud: el fugitivo
presagio de la eterna, que al conjuro
vuelve de amor, como en miraje esquivo,
a enseñarnos un bien siempre futuro.

¿Y el sueño cuál será? ¿La no apagada
luz, o esta bruma efímera de invierno?
¡Ah! lo que pasa no es: es sombra, es nada,
y no hay más que una realidad: lo eterno.

Atando el hilo roto un largo instante,
sigamos pues, llorada compañera,
hacia atrás y a la par hacia adelante,
a nuestro gran será, que hace años era. . . .

Como Fray Luis saliendo del profundo,
"decíamos ayer" también digamos;
corra el tiempo del mundo para el mundo:
nuestro tiempo en el alma lo llevamos.

Siempre

Bien pueden su hojarasca y polvo y hielo
acumular los años sobre tí.
Mi corazón sacude el turbio velo,
y siempre te hallo, ¡oh dádiva del cielo!
fresca y radiante en mí.

Porque a mí te envió él, y yo he guardado
tu mejor luz en ánfora inmortal;
porque a cosas de Dios morir no es dado,
y eres tú claro espíritu encarnado
en diáfano cristal.

No hay flor cuyo matiz no degenera
al pasajero sol que la esmaltó.
Tan sólo propia luz firmeza espere.
La perla de la mar se opaca y muere;
las de los cielos no.

Nuestra querida estrella leve gasa
o negro temporal veló tal vez;
mas ¡qué a ella el furor que al golfo arrasa?
Parece cada nubarrón que pasa
doblar su brillantez.

La copa del banquete postrimera
deja el gusto encantado. En tu vergel
mi hora sonó de juventud postrera,
y el ángel me hallará, cuando yo muera,
saboreando tu miel.

La tarde de la vida, árida y fosca,
pide un hogar con su genial calor.
Si él falta, huraño el corazón se embosca,
y la memoria en torno a sí se enrosca
cual serpiente en sopor.

Así, vuelta la espalda a lo presente,
que, sin el ser por quien vivir sentí,
es noria vil, bullicio impertinente,
torno a buscar mi sol, mi cara fuente,
mi cielo, urna de tí.

Voy para atrás, pisada por pisada,
recogiendo el rumor de nuestros pies,
repensando un silencio, una mirada,
un toque, un gesto, tanto que fue nada
y que hoy un diamante es.

Oculto, como en mágica alcancía,
guardé felicidad para los dos,
y cuanto una vez fue lo es todavía,
que el sol del alma no es el sol de un día,
ni es del tiempo: es de Dios.

Cierta, como la dicha antes de su hora,
es ésta, y tierna cual pasado bien
que en escondida soledad se llora;
sacra como deidad que la fe adora
y ojos de éxtasis ven.

Hora, hora mismo, en alta noche oscura,
mi aurora boreal, surges aquí.
Hay resplandor, hay brisa de hermosura;
alzo a ver, y hallo tu mirada pura
vertiendo tu alma en mí.

Y ya no media esa impaciencia ingrata,
ese exceso de luz que impide ver
y que al gustar el bien nos lo arrebató.
La sal de la amargura hoy aquilata
el néctar del placer. . . .

¡Ah! cuando osen a tí dardos y afrentas,
cuando te odies tú misma en tu dolor,
cuando apagada y lóbrega te sientas,
abre mi corazón: allí te ostentas
en todo tu esplendor.

¿Dónde está él? Donde tú estés. Bien sabes
que fue, por fiel a tí, conmigo infiel.
Abrelo, que en tu voz están sus llaves;
pero al mirarte en su cristal, ¡no laves
lo que escribiste en él!

Elvira Tracy

The mass is over; come, come let us go home!

(De sus últimas palabras).

¡He aquí del año el más hermoso día,
digno del paraíso! Es el temprano
saludo que el otoño nos envía,
son los adioses que nos da el verano.

Ondas de luz purísima brillantan
la blanca alcoba de la dulce Elvira;
los pajarillos cariñosos cantan,
el perfumado céfiro suspira.

He allí su tocador; aún se estremece
cual de su virgen forma al tacto blando.
He allí a la madre de Jesús; parece
estar sus oraciones escuchando.

¡Un féretro en el centro, un paño, un cristo!
¡Un cadáver! ¡Gran Dios! . . . ¡Elvira! . . . ¡Es ella!
Alegremente linda ayer la he visto,
¡y hoy hela allí . . . ¡solemnemente bella!

“No ha muerto: duerme”. ¡Vedla sonreída!
Ayer, en esta alcoba deliciosa,
feliz soñaba el sueño de la vida;
¡hoy sueña el de otra vida aún más dichosa!

Ya de la rosa el tinte pudibundo
murió en su faz; pero en augusta calma
la ilumina un reflejo de otro mundo
que al morir se entreabrió para su alma.

Ya para los sentidos no se enciende
la efímera beldad de arcilla impura,
mas tras de ella el espíritu sorprende
la santa eternidad de otra hermosura.

Cumplió quince años, ¡ay! edad festiva,
mas misteriosa y rara; edad traidora,
cuando es la niña para el hombre esquiva
y a los ángeles férvida enamora.

¡Pobre madre! ¡Del hombre la guardaste,
pero esconderla a su ángel no supiste!
¡La vió, se amaron, nada sospechaste,
y en impensado instante la perdiste!

Vio al expirar a su ángel adorado,
y abrió los ojos al fulgor del cielo,
y dijo: "El sacrificio ha terminado,
¡ven, vámonos a casa!". Y tendió el vuelo.

Por eso luce tan hermoso el día,
indiferente al llanto que nos cuesta.
Hoy hay boda en el cielo; él se gloria:
¡la patria de la novia está de fiesta!

De noche

*La vieillesse est une voyageuse de nuit.
Chateaubriand.*

No ya mi corazón desasosiegan
las mágicas visiones de otros días.
¡Oh patria! ¡Oh casa! ¡Oh sacras musas mías!
¡Silencio! . . . Unas no son, otras me niegan.

Los gajos del pomar ya no doblegan
para mí sus purpúreas ambrosias,
y del rumor de ajenas alegrías
sólo ecos melancólicos me llegan.

Dios lo hizo así. Las quejas, el reproche
son ceguedad. ¡Feliz el que consulta
oráculos más altos que su duelo!

Es la vejez viajera de la noche,
y al paso que la tierra se le oculta,
ábrese amigo a su mirada el cielo.

Extasis

¡Gran noche! . . . ¡Tanta majestad me aterra,
tanta sublimidad me causa espanto!
Dios cobija el misterio de la tierra
con el misterio augusto de su manto.

Al son de aquella mística armonía
la inmensa tierra extático contemplo
como un cadáver, lívida, sombría,
bajo la santa bóveda del templo.

Esta sublime paz que me estremece,
este silencio asombrador, profundo,
más bien que una hora mundanal, parece
la vispera imponente de otro mundo.

Como una tregua entre la culpa inerme
y el rayo que se apronta a fulminarla,
cuando la pobre humanidad se duerme,
Dios desciende en secreto a visitarla.

Pastorcita

Pastorcita perdió sus ovejas
y quién sabe por dónde andarán!
—No te enfades, que oyeron tus quejas
y ellas mismas bien pronto vendrán.
Y no vendrán solas, que traerán sus colas,
y ovejas y colas gran fiesta darán.

Pastorcita se queda dormida
y soñando las oye balar;
se despierta y las llama en seguida,
y engañada se tiende a llorar.
—No llores, Pastora, que niña que llora
bien pronto la oímos reír y cantar.

Levantóse contenta, esperando
que ha de verlas bien presto quizás;
y las vió; mas dió un grito observando
que dejaron las colas detrás.
—Ay mis ovejitas! Pobres raboncitas!
Dónde están mis colas? No las veré más?

Pero andando con todo el rebaño
otro grito una tarde soltó,
cuando un gajo de un viejo castaño
cargadito de colas halló.
Secándose al viento, dos, tres, hasta ciento,
allí una tras otra colgadas las vió!

Dió un suspiro y un golpe en la frente,
y ensayó cuanto pudo inventar,
miel, costura, variado ingrediente,
para tanto rabón remendar;
buscó la colita de cada ovejita
y al verlas como antes se puso a bailar.

El niño embarcado

Iba por vez primera
un párvulo embarcado,
aguas abajo un río
rápidamente andando.

“Papá! Qué nos sucede?
gritó con sobresalto,
mira esas casas, mira
esa canoa, ese árbol!

Míralo todo; todo
va huyendo, va volando
y dejándonos lejos
y solos y embarcados!
Mire usted señor Cura,
mire su campanario!
Dónde dirá usted misa?
Y qué hará sin su caballo?
Y qué se harán sus pobres
y tanta gente? Al cabo,
tal como usted lo dijo,
se llevó al pueblo el diablo;
y a dónde volveremos
si todo a un mismo paso
va huyendo, y nada vuelve,
como si fuera encanto!"

Mucho se rieron todos
oyendo estos desbarros,
mas dijoles el Cura:
"Sóis vosotros más sabios?"
Ah! cómo pasa el tiempo,
decimos cada rato,
y somos, ¡ay! nosotros,
los que pasando vamos.

El niño y la mariposa

Mariposa,
vagarosa
rica en tintes y en donaire,
qué haces tú de rosa en rosa?
De qué vives en el aire?

Yo, de flores
y de olores,
y de espumas de la fuente,
y del sol resplandeciente
que me viste de colores.

Me regalas
tus dos alas?
Son tan lindas! Te las pido!
Déja que orne mi vestido
con la pompa de tus galas.

Tú, niño
tan bonito,
tú que tienes tanto traje,
por qué envidias un ropaje
que me ha dado Dios bendito?

De qué alitas
necesitas
si no vuelas cual yo vuelo?
Qué me resta bajo el cielo
si mi todo me lo quitas?

Días sin cuento
de contento
el Señor a ti te envía:
es mi vida un solo día,
no me lo hagas de tormento.

Te divierte
dar la muerte
a una pobre mariposa?
Ay! quizás sobre una rosa
"me hallarás muy pronto inerte".

Oyó el niño
con cariño
esta queja de amargura,
y una gota de miel pura
le ofreció con dulce guiño.

Ella, ansiosa,
vuela y posa
en su palma sonrosada,
y allí mismo, ya saciada,
y de gozo temblorosa,
expiró la mariposa.

Los hongos

A coger hongos fue Margarita,
y alborozada cuando volvió
dijo a la madre: "Mira, mamita,
qué hongos tan ricos te traigo yo!
Rojos, brillantes como escarlata,
y engalanados de perlas mil;
no como aquellos de Liberata,
pardos, comunes, de aspecto vil".

—"Hija, cuidado! que estos tan bellos
son un veneno traidor, mortal;
y nunca pruebes sino de aquellos
que por de fuera parecen mal.
Lo mismo pasa con muchas cosas:
pues siempre el necio supo admirar
vicios y faltas esplendorosas;
y el bien modesto menospreciar".

El descalzo y el mutilado

Recostado a un tronco,
cruzado de manos,
lamentaba un pobre
no tener zapatos.
Largo era el camino
y estaba pensando
cómo y a qué piedra
daría otro paso.
Cuando un tronco vivo,
que andaba arrastrándose,
púsosele en frente
pidiéndole un cuarto.
Contóle el primero
su mísero caso
y el otro le dijo:

"Qué! Por eso hay llanto?
Tú no tienes botas
para andar calzado,
mas yo ni pies tengo
con qué andar descalzo;
y así cual me miras
me alivio pensando
que debe haber muchos
aún más embromados".

Estas palabritas
confortáronle algo,
y siguió con ellas
como con zapatos.

Balada de Mignón

(De Goethe).

Conoces tú la tierra que el azahar perfuma,
do en verde oscuro brillan naranjas de oro y miel,
donde no empaña el cielo caliginosa bruma
y entrelazados crecen el mirto y el laurel?
No la conoces, dime...? Es allí, es allí
donde anhelo ir contigo
a vivir junto a tí.

Conoces tú el palacio que un rey pomposo habita,
con pórtico y salones que alumbra tanta luz,
y príncipes de mármol que al verme —pobrecita!—
diránme: qué te has hecho, de dónde vienes tú?
Es allí, es allí
do quiero estar contigo
y vivir junto a tí.

Conoces tú aquel monte que une al abismo un puente
que escalan las acémilas en lenta procesión,
donde retumba el trueno e hidrópico el torrente
se precipita altísimo con resonante son?
Conóceslo, mi dueña? Por ahí, por ahí
anhelo irme contigo
a vivir junto a tí.